

Albert O. Hirschman, *Retóricas de la Intransigencia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

Joseph Hodara*

UN aporte más de Hirschman al picaresco juego de las ideas que etiquetan conductas y actitudes colectivas. Metodológicamente, el texto es una continuación de las indagaciones que se manifestaron en *Salida, voz y lealtad*, y en *Los pasiones y los intereses*, obras ya publicadas por el Fondo de Cultura Económica. En estos tres casos Hirschman se revela como un artífice de contrapuntos conceptuales, que resumen y en algunos casos simplifican (acción que no es condenable ni en las ciencias ni en las artes) movimientos complejos de la realidad social e histórica. En el primero, el autor abordó el abanico probable de interacciones entre la organización (voraz o protectora) y sus miembros (rebeldes o conformistas); el segundo hizo un recuento de la dialéctica entre el egoísmo -como impulso primario y calculador- y los desbordes emocionales que cortejan la irracionalidad: ambos habrían gestado la normatividad del capitalismo moderno. Y en este escrito, Hirschman examina tres motivos reincidentes que habrían regulado el discurso ideológico de Europa occidental en los últimos dos siglos. En rigor, Hirschman no es un historiador de las ideas (compararlo con Isaiah Berlín, por ejemplo, sería injusto) ni mucho menos un economista ortodoxo. Desborda los límites convencionales del oficio académico, como muchas veces confesó con alguna vanidad. Porque muy poco de la literatura política europea y de la antropología norteamericana le es extraño; por añadidura, la teoría y las paradojas del desarrollo latinoamericano le son conocidas. Sabe encontrar y reunir estos datos y proponer con ellos fórmulas y metáforas más exquisitas que puntuales: la elegancia intelectual es prenda inequívoca de Hirschman.

Dedica este libro a su esposa Sarah, cuya sensibilidad antropológica ha inspirado infaliblemente a este investigador. Y como los textos arriba citados, es breve (apenas 200 páginas en letra mayor) e incisivo. Su tema es *el ethos reaccionario* (traducirlo como *intransigencia* confunde), y en especial su conformación discursiva que se repite, casi sin matices, en contextos desiguales. El reaganismo

* Joseph Hodara. Profesor asociado de la Universidad de Bar Ilán, Israel. Se le puede enviar correspondencia a: Universidad Bar Ilán, Ramat Gan, Israel.

trionfalista de los ochenta irritó y encendió la imaginación de Hirschman y lo condujo a explorar la genealogía de los mensajes conservadores. Su trivial manifestación en Reagan tenía un antecedente bien trabajado en la interpretación *whig* de la historia. El contacto intelectual con Dahrendorf y la referencia a la tipología de T.H. Marshall sobre la evolución de la urbana civilidad constituyeron el punto de arranque de sus inquisiciones (págs.11-13). Así según Hirschman, el *ethos* reaccionario giraría, desde hace doscientos años, alrededor de tres motivos: la *perversidad* de toda revolución; la *futilidad* de todo cambio social; y el *riesgo* inaceptable que las transformaciones sociales involucran. Estas tres tesis vendrían a justificar la seca prudencia de la reacción cuando alguien o algo pretenden prohi- jar el ritmo histórico, y su crítica severa a los “transformadores” que aspiran a apresurarlos.

Tomando como arquetipo a la Revolución Francesa, la concepción reaccionaria -a juicio de Hirschman- puso acento en los efectos “perversos” de una mutación precipitada: a largo plazo la Revolución habría traído consigo consecuencias -guerras, tiranía personal, colonialismo cultural- que abominó en sus inicios. Perversidad irónica que desafió y se contrapuso a la voluntad declarada de los revolucionarios.

Por otra parte, la “futilidad” refiérese al escaso, pero siempre paradójico, efecto de los cambios sociales que sus protagonistas creen “mayores”. Toda transformación cardinal sería en verdad un poco más de lo mismo; una fantasía demasiado humana que lesiona a la humana condición.

Y en fin, el “riesgo” alude al Estado benefactor que, más allá de su benévola intención de combatir la pobreza y atenuar rigideces, al cabo multiplica las miserias y atosiga a la sociedad civil. Según el *ethos* reaccionario, la transformación y los transformadores adolecerían de un *pecado* original que los lleva finalmente a envilecerse, en un movimiento de eterno retorno al Pecado.

Conforme a sus inclinaciones eruditas, Hirschman indaga los orígenes del término “reacción”. Se encontrarían en Newton, Montesquieu y Constant (pág. 19). Sin embargo, él no toma en cuenta las diferencias contextuales de los que usaron este signo, aunque es obvio que en Newton, por ejemplo, la resonancia del término es neutra, meramente descriptiva; no así en Constant, donde es nugatoria e ideológica. La aparición del signo, de la voz, le es más importante a Hirschman. En cualquier caso, el espíritu reaccionario (o intransigente si nos confinamos a la traducción) es la antípoda de la Ilustración: glorifica la tradición, la estática social y la medida en

lugar de la ruptura, el progreso y las implosiones constructivas de la Historia.

Este escrito revela un orden didáctico ejemplar. Después de la introducción, cada capítulo aborda una “tesis”. El segundo, por ejemplo, expone las fórmulas de la *perversidad* presentes en el argumento conservador. Hirschman las resume: “... la tentativa de empujar a la sociedad en determinada dirección resultará, en efecto, un movimiento pero en la dirección opuesta” (pág. 21). Todo es contraproducente, incluso la bondad y la recta fe. Aparentemente, no habría isomorfismo o equivalencias lineales entre la lógica humana y la histórica, principio kantiano que ya fue expuesto por Job y por Plotino. Sin embargo, Hirschman se remite a Edmund Burke, quien inició (1790) la crítica sistemática a la Revolución Francesa como ruptura de un orden que habría revelado funcionalidad en el mantenimiento de las instituciones básicas (pág. 22ss). Las censuras de Burke no se habrían confinado al discurso: dispensaron “el apoyo ideológico a la Europa de la Santa Alianza” (pág.24). Hirschman no ofrece evidencias empíricas o textuales de este nexo que ocurrió después de un cuarto de siglo; tal vez exagera la gravitación de las ideas, que no es desechable por cierto pero tampoco es determinante. En cualquier caso, los postulados de Burke estaban emparentados con la Ilustración escocesa (Adam Smith) que hizo hincapié -a semejanza de otros analistas como Vico, Mandeville y Pascal- en los efectos involuntarios -generalmente “perversos”- de acciones humanas benevolentes. Siete años después de Burke, Joseph de Maistre indicó que nada esperanzador podía parir la Revolución Francesa, pues los designios divinos -la Providencia que gobierna a la Historia- son intrínsecamente malvados o por lo menos opuestos a las aspiraciones del hombre (pág. 29). A Dios no le interesaría una Redención social a menos que Él la decidiera.

La futilidad, otro motivo conservador, se puso de manifiesto en las tesis contra el sufragio universal. La sociedad no se beneficia con la democracia de masas sencillamente porque éstas carecen de sabiduría, de ajustada medida, y poseen una mentalidad de niños dependientes o de mujeres histéricas (como Le Bon dirá más tarde). Es insensato y contraproducente hacer participar a todas las clases sociales en la elaboración y aprobación de políticas públicas; son coto exclusivo de “la minoría que sabe”. El respaldo filosófico al elitismo se vincula así con el “culto al héroe”, al individuo excepcional hacedor de la Historia. Los principios democráticos son fútiles, triviales, pues ignoran que el talento político es prenda de pocos (p.34).

Por último, Hirschman presenta la tesis del riesgo que rebaja legitimidad al Estado benefactor y a cualquier acción pública de carácter compensatorio (como las medidas para combatir la pobreza). La benevolencia gubernamental *acentuaría y multiplicaría* la conciencia y el número de los pobres a través de sus políticas asistenciales. Es decir, logra lo contrario de lo que se propone; los plazos y la dialéctica de los efectos involuntarios la traiciona. Hirschman encuentra marcas de esta tesis conservadora en Dickens, Polanyi y Murray. Curiosamente, también en Forrester, quien elaboró el concepto de los *criterios anti-intuitivos* en las ciencias sociales. Y para el pasmo de algunos lectores (como el suscrito), vincula a Forrester con De Maistre: la antintuición equivaldría a las malicias de la Providencia. Vínculo inaceptable a mi juicio, pues primero Forrester no hace ninguna referencia al proto fascista francés, y segundo -apunte de mayor relieve- el analista de sistemas de MIT aludió a la ausencia de un isomorfismo entre el *aparato cognitivo y la realidad*, exactamente como la matemática no euclídea profesa desde más de un siglo; en contraste, el intelectual parisino manufacturó una *oposición teológica o ontológica* entre los Cielos y la Historia. En cualquier caso, la tesis del riesgo invalida cualquier intervención o ajuste compensatorios por parte de la autoridad pública y remite la solución de las penurias sociales al sabio juego de los mercados. El resto del libro es una elaboración -con frecuencia repetitiva- de estas tres tesis. Si este texto de Hirschman *es perverso, fútil y lo riesgoso*, depende de la particular perspectiva de los lectores. Aquellos de temple hegeliano, que creen en el peso y en los saltos atinados de las ideas, gozarán intensamente esta obra. También la especie, cada vez más rara, de eruditos imaginativos que gustan hallar y combinar, con febril sensualidad, aportes intelectuales con prescindencia de los contextos históricos. Pero quien haga hincapié en el empalme riguroso, causal, de las ideas con la realidad, de los conceptos con referentes empíricos, rechazará el intento hirschmaniano. Y por cierto también lo impugnará el lector que considere gratuita, inconveniente u ofensiva la interacción lúdica de las ideas. Probablemente, este último género de analistas sociales, torpemente influidos por el *cientificismo*, sea hoy mayoritario.